

**VIII CERTAMEN LITERARIO
*ENRIQUE SEGOVIA ROCABERTI***

2020

***CONCURSO DE
RECUERDOS Y VIVENCIAS***

EDITA

**ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LA BIBLIOTECA
Y DEL ARCHIVO HISTÓRICO DE CHINCHÓN (ABACH)**

DISEÑO Y MAQUETACIÓN:

Servicio de Archivo y Biblioteca. Ayuntamiento de Chinchón

© DE LOS TEXTOS: Los autores

SEPTIEMBRE de 2020

D.L.: M.23899-2020

Edita: Asociación de Amigos de la Biblioteca y del Archivo Histórico de Chinchón (ABACH)

Imprime: Graficas Icarpe (Aranjuez)

Imagen de la cubierta:

Mercadillo en la Plaza Mayor, 1928 aprox.

Imagen cedida por: Teresa Rojo

ÍNDICE

PRÓLOGO..... 4

TEXTOS PREMIADOS

Pavo, por Raúl Clavero Blázquez..... 5

1488, por Jesús Jiménez Reinaldo 9

SELECCIÓN DE TEXTOS NO PREMIADOS

Evocación, por Carmen de la Caridad Tejedor González 16

Mujeres trabajadoras, por Marisol Sáez Asensio 19

PRÓLOGO

La Asociación de Amigos de la Biblioteca y del Archivo Histórico de Chinchón premia con esta publicación los trabajos galardonados en el VIII Certamen Literario Enrique Segovia Rocaberti, es decir el ganador y el finalista. Además, se han añadido otros dos textos no premiados con la autorización de los autores.

El VIII Certamen Literario Enrique Segovia Rocaberti se convocó en marzo de 2020, con plazo de presentación de trabajos hasta el 31 de mayo. En esta ocasión el subgénero elegido ha sido el recuerdo o la vivencia.

Ha habido una gran participación, y como en otras ocasiones ha resultado difícil para el jurado seleccionar a los premiados, por la gran calidad y variedad de los trabajos.

Nos alegra que continúen participando muchos autores, tanto de España como de Hispanoamérica; queremos felicitar a todos y animarlos a seguir enviando sus trabajos en próximas convocatorias. Para nosotros es un honor recibir textos de todo el mundo y llevar el nombre del autor chinchonés Enrique Segovia Rocaberti por tan remotos lugares.

La Junta Directiva.

La Junta Directiva de ABACH

PREMIO

PAVO

POR

RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ



RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

Vivo en Madrid desde el cambio de milenio, pero nací en 1978 en Salamanca (España), donde estudié la carrera de Filología Hispánica y un máster de guión para televisión y cine. Hasta ahora he trabajado fundamentalmente como guionista y redactor para varias productoras de televisión y de radio. He ganado premios de guión en concursos como el Rovira-Beleta y desde finales de 2011 he empezado a participar también en certámenes de relato breve y de microrrelato, obteniendo en este tiempo más de doscientos cincuenta premios como el Europe Direct de Cáceres, el concurso internacional de relatos de la Semana Negra de Gijón, el Ciudad de Marbella, el Joaquín Lobato, el Villa de Montánchez, el Camilo José Cela de Padrón, el Ciudad de Elda, el Kimetz de Ordizia o el José Calderón Escalada de Reinosa, entre otros. En noviembre de 2017 salió a la venta mi primer libro de relatos. Se titula "Ausencias" y ha sido publicado por la editorial sevillana "La Isla de Siltolá".

PAVO

Don Arturo vivía en el quinto izquierda. Era un hombre callado y de expresión melancólica que solía caminar con la mirada perdida y la barbilla replegada contra el pecho, como si un viento propio le soplara sin descanso en el rostro. A pesar de que sólo nos separaba un rellano, yo nunca había sabido demasiado de aquel hombre hasta aquella tarde en la que, al volver del colegio, lo encontré en el sofá de mi casa, ante a un tablero de ajedrez. Me saludó como lo hacía siempre que nos cruzábamos en el ascensor, inclinando la cabeza de un modo similar al de los caballeros en las películas antiguas, y frunciendo levemente los labios, como si buscara en ellos la primera sílaba de una palabra que jamás llegaba a pronunciar. Me observó durante un par de segundos y después devolvió la vista a la posición de sus peones. A continuación, entró mi madre en la sala de estar, llevaba una bandeja con dos tazas y una caja de pastas danesas.

-Hola, hijo – exclamó con una alegría inusitada, besándome en la mejilla. No dijo nada más, se sentó frente a don Arturo y movió una de las torres blancas. Pensé que llevaba un peinado nuevo o una falda que yo no le conocía, pero en ese instante me di cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, estaban subidas todas las persianas de la casa.

Las visitas de don Arturo comenzaron a hacerse frecuentes a partir de entonces y aunque nuestro vecino siguió siendo el mismo tipo silencioso y taciturno, su presencia me llenaba de una extraña calidez, como contemplar un mar en calma o una estantería llena de libros ordenados por colores.

Al llegar la Navidad don Arturo se ofreció a preparar la cena. Pavo, dijo, receta especial. Mamá compuso un gesto cargado de extrañeza, como si no comprendiera que un hombre pudiese hacer tales cosas, pero acabó aceptando.

-Mejor – dijo – a mí el pavo nunca me queda bien. Eso sí, tendrá que ser en mi casa. Por el niño, ¿sabe?

Don Arturo sonrió y volvió a inclinar la cabeza

Nuestro vecino no mentía, fue aquella una cena deliciosa y reconfortante. Tras el postre, don Arturo levantó la tapa de nuestro pequeño piano de pared, lo desempolvó y empezó a tocar un villancico. A su lado mamá cantaba en voz muy baja. Yo fingí que tenía sueño y me alejé hacia mi dormitorio. Desde las sombras del pasillo me pareció ver cómo se besaban.

Papá apareció por sorpresa unas semanas más tarde, y con su regreso se terminaron de golpe las visitas de don Arturo. Yo no sé si mamá llegó a perdonar realmente a mi padre, pero sospecho que no, porque desde aquel día las persianas se bajaron de nuevo, el piano dejó de sonar y el pavo volvió a estar seco en cada Nochebuena.

***Por Raúl Clavero Blázquez
(Madrid, España)***

FINALISTA

1488

POR

JESÚS JIMÉNEZ REINALDO



JESÚS JIMÉMENZ REINALDO

Nacido en Tudela (Navarra) y Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Zaragoza, reside en Rivas Vaciamadrid, donde ha ejercido como profesor de Lengua Castellana y Literatura. Ganador de distintos premios de poesía, cuento, teatro y cartas de amor, ha publicado los libros de poesía “La mística del fracaso” (2002) y “Los útiles del alquimista” (2010). En el año 2001 fue el compilador de la antología de poesía española actual “Al aire nuevo”, publicada en México por la editorial Desierto. Colabora habitualmente con la editorial Vicens Vives, para la que ha realizado traducciones, ediciones y actividades didácticas de autores como Esopo, Hugh Lupton, Horacio Quiroga, Mino Milani, Alejandro Dumas, Peninnah Schram, Arthur Conan Doyle, Homero o Antoine de Saint-Exupéry. Desde noviembre de 2011 dirige el blog literario “Cristales rotos (en el Edén)”.

1488

Aún recuerdo con exactitud el número de mi carné perteneciente a la biblioteca pública de mi niñez e incluso creo que está celosamente guardado con otros muchos que fui coleccionando a lo largo de los años: si no me falla la memoria debe de estar en la misma caja donde reposan los de la biblioteca de la facultad de Filosofía y Letras, el del instituto de idiomas de la universidad y algunos de profesor que con el tiempo han ido caducando. Con los cambios de residencia de unas comunidades a otras, solo alguno ha quedado en vigor y es el que ahora ocupa un lugar de privilegio en mi cartera: de las páginas de un libro abierto parece surgir una margarita amarilla como si fuese el sol que ilumina y da vida a la Tierra. La utilidad de los tiempos ha convertido, sin embargo, a mi número de documento nacional de identidad en el identificador principal de mi carné y ha desaparecido la magia de los números que tanto me acompañó hasta la adolescencia, cuando se repetían los números 11, 15 y 17 como señales para quien supiera leer en sus cifras.

Mis primeros libros fueron una serie de veinte libros que publicó la editorial vasco-americana bajo la denominación de colección "Amable" y ahí descubrí, entre otros, a Long Silver el Largo, a Genoveva de Brabante o a Tartarín de Tarascón. Los volúmenes los conseguí poco a poco, la mayoría como regalos de cumpleaños o presentes de los Reyes Magos al final de la Navidad. Supongo que no habré leído nunca un libro tantas veces como lo hice con aquellos, soñando con los capitanes intrépidos o con la Jo de "Mujercitas" en un mundo de palabras, lectores y aventuras. Durante mucho tiempo fueron mi bien máspreciado y, en un tiempo sin televisión ni diversiones al margen del colegio y de la calle, se convirtieron en un universo múltiple de rincones que descubrir y averiguar. Mi imaginación y las ansias de conocimiento se fraguaron en aquellas páginas de letras grandes y pocas ilustraciones.

Los libros, no obstante, eran caros y no estaban al alcance de cualquiera en aquella España en que se vivía al día y todavía se distinguía entre la ropa de diario y la del domingo. Cuando salía

a pasear con mis amigos, me paraba a mirar en la papelería “Ángel” y mi vista se detenía en títulos en los que cabía toda una civilización desconocida, como “Los balleneros del Danenbrok” o “String Lu, el zorro”; mientras mis compañeros de juegos deseaban plumas Parker y bolígrafos Inoxcrom, a mí se me iban los ojos adivinando las aventuras de los héroes que se veían en las ilustraciones de las cubiertas.

Un buen día, no recuerdo cómo, llegué a conocer la biblioteca pública de mi ciudad: una inmensa sala rectangular dividida en dos zonas, la infantil y la adulta, las dos con grandes mesas corridas de madera sobre las que colgaban unos enormes fluorescentes que iluminaban los libros con una nitidez extraordinaria. Y a los lados de las mesas, en paralelo, estaba el paraíso: unas estanterías con cientos, miles de libros, al alcance de la mano de alguien que supiera descifrar sus arcanos y hacerlos vibrar otra vez en el espacio. Volví muchas veces, primero buscando los tebeos de Astérix y los Mortadelos, luego libros de los Cinco y de Agatha Christie; en algún momento, pasé a ocupar mi lugar en la sala de los adultos y a consultar la biblioteca Espasa, donde estaba todo el saber de aquellos tiempos y que siempre ayudaba a resolver los trabajos de todas y cada una de las asignaturas. Y leí a Cervantes, Stevenson, Kipling y Salgari, y supe que viviría más si participaba activamente de aquellas otras existencias que contribuían a que yo entendiera mucho más la mía.

De la introducción es fácil deducir que amo y he amado los libros sin descanso. Siempre ha viajado alguno conmigo, me ha acompañado en la salud y en la enfermedad, en la felicidad y en las horas difíciles, y siempre he encontrado consuelo entre sus páginas como si fueran los brazos abiertos de un amigo. Siempre he tenido también cerca una biblioteca (creo profundamente en la lección de igualdad y de democracia que dan estas instituciones públicas) que complementara las carencias de la mía, modesta pero que ha ido creciendo hasta que casi no cabe un volumen más en la casa. Y aún a día de hoy soy un asiduo lector, de esos que rellenan desideratas, donan libros y utilizan el préstamo intercentros cuando funciona debidamente. Defiendo

y uso conscientemente el patrimonio de todos y animo a los demás a hacer lo mismo.

1488. Qué pena que fuera imposible entonces guardar digitalizado el uso que le dio a la biblioteca durante tantos años aquel usuario que fui: hoy mi memoria sería más precisa y podría revivir muchos de aquellos momentos de esperanza, en los que el futuro era una maravillosa incógnita por despejar. Pero qué alegría saber que nada de aquello se ha perdido para siempre, pues todo lo que es y todo lo que ha sido se pone en marcha al abrir una primera página y arrancar la lectura de nuevo: entonces la biblioteca de Babel, querido Jorge Luis, se ilumina hexagonalmente y volvemos a ser quienes fuimos, héroes en la Pampa, traidores en Babilonia o devotos amantes en Verona. Y todo por el poder mayúsculo de un número de cuatro cifras que daba acceso a veinticuatro consonantes y cinco vocales que conjuraban al mundo en sus palabras mágicas y te lo entregaban desde la pasión y para la libertad, generosamente.

Por Jesús Jiménez Reinaldo

(Rivas Vaciamadrid, Madrid, España)

**SELECCIÓN DE TEXTOS
NO PREMIADOS**

EVOCACIÓN

Cada mañana, al despertar, Antón amanece con menos años. Como cada día le acompaño en su caminata matutina y nos sentamos a descansar en aquel banco de mármol del Paseo del Prado. Emprendemos entonces, el viaje imaginario al río más largo de Galicia. Transitamos cada kilómetro del Miño, desde la cuenca alta. Pescamos truchas, anguilas y continuamos hasta el tramo bajo para encontrar a la lamprea y el sábalo. Junto a los peces: la leyenda. Navegamos por los alrededores de Arbo y llevamos una piedra en la boca para quedar en silencio por lo de las hechiceras. Se saca el pedrusco porque tanto silencio le incomoda. Hasta olvida la pequeña embarcación en que viajábamos.

Antón fija la mirada en la fachada del edificio de enfrente. En realidad no es una edificación común porque el Gran Teatro de La Habana, según le contó su padre, fue sede del Centro Gallego y allí se estrenó el 20 de diciembre del 1907 el Himno de Galicia.

–¿Que din os rumorosos na costa verdecente, ao raio transparente do prácido luar? ... –canta con su voz y la de los pinos que murmuran. Sus ojitos se humedecen. Los míos también.

De pronto recuerdo que llevo su merienda en el bolsito y sería inaceptable semejante distracción.

–Manuel, no olvides darle su refrigerio. Recuerda que es diabético y a las 10:00 de la mañana debe consumirlo sin falta –enfaticó mi padre.

Le extendo el jugo y la empanada y su memoria episódica gira.

–¡Qué bueno! Tengo hambre y está a punto de finalizar el año. Cuando el Apalpador venga en la noche a tocarme la barriguita y traer mi regalo quiero que me encuentre bien llenito –sonríe Antón como si fuera un niño.

–¿Te gustan las castañas? –pregunta el anciano al joven.

–¡Claro! Las disfruto mucho. Prefiero las confitadas
–responde Manuel.

¡Ah! Papá me contaba acerca de las castañadas. La de cuentos sobre labriegos y marineros y canciones que aprendió junto a la hoguera en que se reunían para asar la carne de cerdo, los chorizos ¡y las castañas! Le tiznaban la cara, jajaja. Saltaba la hoguera por lo de la suerte. También tomaba en invierno el caldo de castañas y para la bronquitis el té de sus hojas –le cuenta al muchacho, que ha quedado embelesado escuchándole.

En la actualidad a través de las redes sociales accedemos a cualquier noticia, incluso podemos comentar historias y recibir imágenes; pero mi Chuza es Antón piensa Manuel. Con él recorro las rías, disfruto una jota, las empanadas. Hasta las liebres, los conejos, la perdiz, el águila y los halcones imagino junto al bosque mediterráneo plagado de castaños, abedules y el roble antiquísimo en la aldea de Portacal.

Antón me pide le regrese a casa porque ya le suenan las tripas. Sueña con un caldo gallego que no se parece al guisado por su madre; pero paciencia, él siempre goza de buen apetito.

Antón es mi abuelo; pero él no lo sabe. El abuelo suyo nació en altamar. Sus padres, gallegos los dos y procedentes de Vigo, llegaron a La Habana en 1877. La madre se llamaba Carmen como la virgen protectora de los marineros "la estrella de los mares", su papá Manuel. Somos varios los Manueles en la familia: mi bisabuelo, mi padre y yo.

El abuelo de Antón era labriego y la abuela hija de un conde que no vio con buenos ojos aquel matrimonio. Mi padre guarda en un cofrecito con mucho celo el manojito de cartas muy amarillentas que Manuel y Carmen recibieron de sus familiares en Galicia a donde nunca pudieron regresar. Cuando crecí y tuve conciencia de aquella reliquia familiar me fue permitido leerlas junto a mi padre que me iba explicando lo que significaba cada palabra.

Como mi abuelo, generación tras generación, hemos viajado a Galicia muy a menudo. Yo diría ¡todos los días! Ese recorrido que hago con mi abuelo cada día gracias a su memoria episódica lo

hicieron sus padres y sus abuelos.

Mi hermana y yo aprendimos a bailar la jota, el fandango y el pasodoble en la escuela de baile español cerca de casa. Mi madre aprendió a hacer, por fin, las empanadas gallegas. Mi abuelito Antón tocaba la gaita mientras pudo y le enseñó a mi padre el idioma gallego. Yo abro la Galipedia y descargo los artículos para comentarlos con él. Cada mañana, al despertar, Antón amanece con menos años. Día tras día le acompaño en su caminata matutina y el viaje a Galicia.

***Por Carmen de la Caridad Tejedor González
(Ceiba del Agua, La Habana, Cuba).***

MUJERES TRABAJADORAS

Desde muy pequeña supe lo que era una tienda de comestibles: una tienda del pueblo donde se vendía de todo.

Mi tía abuela Eladia López tenía una pequeña tienda en la calle de los Huertos. Casi nadie la recuerda por su nombre de pila, todos la llamábamos la Tata. Fue una gran mujer, y a pesar del daño que le hicieron, jamás le oí una queja, ni una mala palabra.

Me contaba la Tata que antes que empezar la guerra, los hombres del lugar, cuando iban a trabajar al campo, pasaban por su tienda donde se tomaban una copita de aguardiente para aliviar las horas que pasaban montados en la mula o el borrico. No todas las tierras estaban cerca del pueblo, y a veces tardaban varias horas hasta llegar a la vega.

Llegó la guerra civil y Chinchón quedó en zona republicana. A un sobrino, al que la Tata y su marido habían criado como a un hijo, le fusilaron en la vega, y esa misma noche, ellos iban a ser detenidos también. Tuvieron la suerte de ser avisados por una persona de mucha confianza y salieron al anochecer en el tren para Madrid. Terminada la guerra volvieron a Chinchón. Su hacienda había desaparecido y ellos estaban muy mermados de facultades.

Mis padres se hicieron cargo de ellos y de administrar los pocos bienes que pudieron recuperar. Abrieron la tienda de nuevo. Ya no era la tienda de la Tata ahora había pasado a ser la tienda de la Pili.

Hacía menos de un año que había nacido mi hermana y mi madre estaba de nuevo embarazada. Yo llegaba con mucha prisa. Ella estaba en la tienda y tuvo que pasarse rápidamente al dormitorio. Si se descuida, mi madre me tiene detrás del mostrador.

Pasé años muy bonitos de mi infancia.

En verano cuando se hacía de noche, mi padre y yo nos sentábamos en el escalón de la puerta de la tienda mientras mi madre terminaba de despachar. Nos gustaba mirar el cielo, iluminado de relámpagos pequeños, brillantes y luminosos.

¿Quién no recuerda los bocadillos de mortadela o de jurelillos que hacía la Pili? ¿Y cómo no nos vamos a acordar de las onzas de chocolate Nieto, de los cucuruchos de bolitas de anís o los finales de chorizo y longaniza que tan ricos nos sabían?

La Tata y la Pili, dos grandes mujeres muy conocidas en el barrio de San Roque. Para ellas y para todas las mujeres de su época que vivieron años muy duros, todo mi cariño y mi admiración.

Mujer que conviertes en vida

la semilla del amor

y das tu fruto valiente

con alegría y dolor.

Solera de buena cepa

que madura con los años

haciendo tu sabor más dulce

y tu saber más amargo.

***Por Marisol Sáez Asensio
Chinchón (Madrid, España)***